

DICEN

Dicen en voz baja, es verdad, que era noche cerrada, esa hora en que se sienten en el patio el rumor de las hojas de los álamos frotándose unas contra otras, suavemente, al compás de algún viento imaginario.

Dicen que estaban conectados en el chat, contándose soledades compartidas, a medias, como con miedo, como con pena.

Dicen que él le preguntaba cómo era su casa, el techo y el piso, las plantas y el olor de las sábanas blancas que había lavado, decía ella, ese mediodía en la máquina nueva. Dicen que ella le contaba que el día había sido lindo, fresco, amable, soleado.

Dicen que la conversación de pronto se cortó, pero volvió a restablecerse normalmente a los pocos minutos en los que ella, según dicen que le dijo al próximo renglón, se preparó una copita de Martini que ofreció a él, entre jajás escritos con largos signos de admiración.

Dicen que volvieron a planear, en esta conversación escrita, esa vieja posibilidad anhelada y esquivada de encontrarse por primera vez. Dicen que él cuenta que ahí nomás de plantearla surgían siempre los dónde, cómo, cuándo, dónde y por qué, si así estamos bien...

Dicen que él nuevamente volvía a la carga, y le decía una vez más como al menos una vez a la semana lo hacía cuando se conectaban, después de las veintidós horas, cuando el trabajo había sido dejado en la ducha y la barba volvía a nacer y las pantuflas de ella a aliviar los dedos de nada, que sí, que debían verse, que sería bueno, que qué era esto de comunicarse por escrito, de no conocerse la voz, de no tocarse, de no olerse ni mirarse.

Dicen que esta vez ella le dijo, en una línea que tardó mucho en aparecer porque dicen que dice él que el chat marcaba: "Eliana esta escribiendo" pero parece, que borraba y volvía a escribir porque lo que ella quería decir, dice le costaba ser dicho.

Y entonces, dice él, apareció el "dale, nos encontramos mañana", y seguido, el "aguantame un ratito, se está golpeando la puerta de calle, es el viento, ya vuelvo"

Dicen que él sostiene que esperó y esperó frente a la pantalla inmóvil, que leyó correos viejos, chequeó su face, se fijó en algunas noticias del diario y nada, ella no aparecía, la huella de su mano escribiendo del otro lado de la ciudad, su suave perfume que él intuía a jazmines, su voz clara, el anuncio del chat que anunciara: "Eliana está escribiendo", nada.

Dicen que sintió un frío de muerte en la espalda, que supo que debía hacer algo ya, buscarla, llamarla. Pero sin perder tiempo, ni un segundo.

Dicen que sintió un grito, un puño, una orden que lo lanzaba locamente hacia delante, hacia la pantalla pequeña de su notebook.

Dicen que en un último intento de razón pensó que sería imposible pasar al otro lado por una ventana tan pequeña, pero que el mandato era tan fuerte que empezó por acercar su cara a la pantalla. Dice que jura que cuando lo hizo, sintió el olor a jazmines viejos que venían del otro lado de la ciudad y que por el rabillo del ojo, alcanzó a ver las hojas de los álamos de ella, reflejados en la ventana de ella.

Dicen que él dice que le costó pasar los hombros, pero que cuando ya sus manos pudieron asirse del borde del escritorio de ella, pudo pasar todo el cuerpo, y que esto, pasar así, tan livianamente, le dio

una bronca inaudita, porque dicen que pensó en ese momento, qué cerca había estado su mano de la caricia , aquella vez que ella le contó entre lágrimas, lo sola que se sentía por las noches cuando el run-run de su secretaria, de los empleados y de la empresa toda, no eran la manta que la cubría de la soledad.

Dicen que primero él se acomodó en el piso, que miró a su alrededor y que también pensó que la casa, esa casa tan descrita en horas y horas de chatear, era exactamente como sus palabras, las de ella, lo habían descrito, y la mente de él la había imaginado.

Dice él que recorrió el pasillo que sabía llevaba a la pieza de ella, y dicen que dice que encontró la cama con la colcha azul marino, su olor a jazmines por todos los rincones, sus lentes, sus libros.

Dicen que siguió buscando la puerta de entrada, esa que ella le dijo que se batía por el viento. Dicen que dijo que finalmente la encontró, que era una puerta de dos hojas, importante, imponente, tan diferente a su pequeñez que entonces la vio tendida en el piso, sangrando por un costado, inerte y fría, con una mano ahora rígida, por la que se escapaba su último intento de tomar el chal de seda rosa, con el que tantas veces se había cubierto la espalda mustia al escribir que sí, que mañana se encontrarían, que quizás, que sí.

Dicen que él volvió a recorrer la casa, a cerrar las ventanas, a lavar las tazas de té.

Dicen que entró nuevamente a la pantalla y que ahí se le escapó el sollozo primero, ese que se repetía una y otra vez y retumba, dicen, aun hoy en los pasillos oscuros de la cárcel, donde todavía, dicen está, arrinconado por pruebas que lo señalan como ladrón, asesino, culpable de una muerte, dicen, que no le corresponde.